

# TONY JUDT

## *Sobre el olvidado siglo XX*

Taurus  
Madrid, 2008  
489 pp. / ISBN 978-84-306-0674-0

Cristián FUENTES VERA  
*Fundación Chile 21*  
*Santiago, Chile*  
*crfuentes47@gmail.com*

Vol. IX, N° 15, 2011, 205-207  
Fecha de recepción: 26 de octubre de 2011

### Recordando al olvidado siglo XX

En el libro *Sobre el olvidado siglo XX*, el destacado historiador británico Tony Judt, tempranamente fallecido por una enfermedad degenerativa y paralizante, nos invita a recordar, ese ejercicio tan importante de la memoria que pareció haber sido olvidado por la nueva centuria. A través de 23 ensayos publicados entre 1994 y 2006, el autor pretende despejar la densa niebla que envolvía al pasado inmediato en esos años, requisito indispensable para convertir en experiencia útil los terribles episodios de violencia y muerte que aun atormentan la conciencia del mundo.

Cuando Judt escribió estas líneas, la pretensión dominante era reemplazar la brutalidad y el sufrimiento masivo de antaño por una verdad sin contradictores, juzgar al siglo XX sin derecho a defensa y después deshacerse rápidamente de conclusiones fabricadas con un débil respaldo en los hechos. El triunfo del Occidente capitalista en 1989 traería para algunos el final de la historia y el nacimiento de un orden original, signado por el momento unipolar de Estados Unidos, potencia

que cautelaba el avance de la globalización, del libre mercado y de la democracia liberal, asegurando la paz y la prosperidad para todos.

La guerra sería sustituida por una forma de competencia basada en las reglas de la economía, generando un juego de suma variable donde todos ganan algo. El conflicto universal había terminado y las antiguas ideologías enfrentadas daban paso a un pensamiento único dominado por el pragmatismo, por un liberalismo escéptico, pesimista y desengañado, donde las ideas y los intelectuales eran vistos con sospecha, como si fueran los únicos culpables de haber intentado construir regímenes perfectos que se transformaron en pesadillas totalitarias, monstruos cuyos horrores habían sido enterrados apresuradamente, por lo que cualquier esfuerzo de análisis podía despertarlos de su tumba.

Reconociendo errores e incluso denunciando actitudes como la de los intelectuales franceses entre 1948 y 1956, protagonistas de las purgas contra los colaboracionistas nazis en su país y defensores acérrimos de los Gobiernos comunistas en la etapa más intensa de toma del poder en la Europa central y oriental, en la que se produjeron una enorme cantidad de juicios para eliminar a los enemigos reales o inventados del Kremlin, el historiador inglés reivindica la tarea del intelectual, concebida como la interpretación de las disyuntivas esenciales de su época, la generación de ideas y la defensa sin excusas de la libertad. En todo caso, estas reflexiones van acompañadas de los contextos que permiten comprender el significado más profundo de los acontecimientos, comprobando la seriedad de una narración que va más allá de las opiniones personales del autor.

El Estado, por su parte, pasó de ser la expresión del principio de autodeterminación de los pueblos sojuzgados por los grandes imperios, de la independencia y de la soberanía nacional, a una estructura cerrada e inflexible cuyos poderes comenzaron a disminuir a manos de las empresas transnacionales, de normas supranacionales y de movimientos fuera de su control.

Por otro lado, la caída del socialismo se tradujo en el descrédito del Estado de bienestar, desarrollado especialmente en Europa como instrumento de equidad social, siendo homologado sin más con los países totalitarios y convirtiéndose tanto en fuente de ineficacia económica como en un instrumento que restringía las libertades.

En la era de Ronald Reagan, Margaret Thatcher y Tony Blair, de las privatizaciones, del neoconservadurismo y del neoliberalismo, se perdió el sentido de la política, con democracias en que no existían opciones realmente significativas y en la que la economía estaba determinada por actores no políticos.

Puesto ante este dilema, Tony Judt reivindica el noble oficio del historiador. Invoca al pasado para comprender el presente, porque la historia es maestra de vida y quien no la conoce está condenado a repetirla. Por eso se requiere aprender a pensar otra vez en el Estado y la sociedad, considerando, por ejemplo, que el Estado de bienestar surgió como fruto de un consenso interpartidario, cuya prueba más evidente es que su autora no fue la izquierda, sino la Democracia Cristiana alemana.

El esfuerzo de la reconstrucción y el peligro de ser sometidos al estalinismo triunfante en la mitad del continente durante la guerra fría, hizo que los europeos forjaran un sistema capaz de asegurar niveles de vida que exaltaran la dignidad

humana, sin sustituir al capitalismo. De allí surgió un modelo que se identifica con la socialdemocracia, aunque pertenece al patrimonio común de todas las fuerzas políticas, debilitado pero no destruido por la era de la desregulación, cuyo declive observamos a partir de la crisis *subprime* de 2008.

La comparación magistral entre los ferrocarriles de Inglaterra y Francia sirve para ilustrar dos formas de entender los necesarios cambios que debían realizarse con la llegada de la globalización. Mientras el deterioro de la red ferroviaria británica estimula la nostalgia por un medio de transporte masivo y medioambientalmente limpio, al otro lado del Canal de la Mancha se puede disfrutar de trenes modernos, rápidos y eficientes, con una estructura de propiedad mixta acorde con los requerimientos de inversión y menores costos, en los que se han asociado, de manera colaborativa, capitales públicos y privados.

Tampoco se puede negar la continuidad y cultivar la desmemoria, pues acontecimientos como los del 11 de septiembre de 2001, nos demuestran de manera sangrienta la inutilidad de esa sensación de distancia puesta sobre el conflicto bélico y sus significados. En este libro se afirma que si bien resulta fácil arrojar dogmas responsables de tanto sufrimiento al basurero de la historia, no por eso se deja de pagar el precio de las lealtades de antaño, volviendo incomprensibles acontecimientos que tienen sus raíces en el siglo XX o más atrás.

De pronto, los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono hicieron que el terrorismo fuera identificado como el enemigo global y Osama Bin Laden se transformara en la personificación del mal, superando una época inocente y casi idílica donde la tierra era un horizonte otra vez dispuesto a ser conquistado. Sin embargo, a poco andar, nos dimos cuenta de que este fenómeno de la posguerra fría no era nada nuevo, pues solo los medios eran distintos, reemplazando la Unión Soviética por Al Qaeda como dos demonios de la misma naturaleza.

También la unificación acelerada de los mercados de la que somos testigos, tiene puntos de comparación tales como la expansión del comercio anterior a la Primera Guerra Mundial, por lo que negar los precedentes solo sirve para apartar la mirada de las complejidades y tiende a hacer trivial consideraciones más profundas, ancladas en procesos análogos dispuestos a ser contrastados.

Con la prosa elegante y el entretenido estilo literario de la escuela historiográfica inglesa, Tony Judt nos guía por episodios y personalidades destacadas de la centuria que pasó, estimulando el debate y construyendo como un recuerdo vívido el necesario prólogo de nuestros días, que hoy aceptamos mejor preparados después de las lecciones que nos ha dado el transcurso del tiempo.

Siempre da gusto leer una obra bien escrita, armada de una crítica inteligente y respetuosa con quien lo merece, demostrando que recordar vale la pena y el olvido es una pretensión tan inútil como pasajera.

Santiago, 25 de octubre de 2011.